

068. La historia de una moneda

He leído en un libro muy autorizado la historia de una moneda de cobre. Voy a dar crédito a lo que dice: es la historia de la primera medalla que una muchacha llevó prendida sobre su pecho.

Un obispo francés, de hace ya muchos siglos, pasaba por una ciudad y se encontró con una muchachita preciosa, inocente por demás, a la que le pregunta.

- *¿Eres cristiana, verdad? ¿Y qué vas a hacer en tu vida?*

La niña mira de hito en hito al obispo, y le contesta:

- *Sí, soy cristiana; y cuando sea mayor quiero darme del todo a Jesucristo. Yo quiero ser una de las vírgenes de nuestra iglesia.*

El obispo, hombre de Dios, se emociona, y, al bajar la vista al suelo, ve allí tirada una moneda de cobre, la toma, observa en ella grabada una cruz, y se dice: *¡Dios mío, ya tengo un tesoro que dar a esta criatura angelical!* Y dirigiéndose a la muchachita, le encarga:

- *Toma, cuelga a tu cuello este signo sagrado y consévalo como recuerdo mío. Llévalo con piedad, y desprecia todo lo que no agrade a Jesucristo, al que te quieres consagrar* (Leyenda de Germán, obispo de Auxerre)

Dicen que éste es el origen de las medallas que después hemos llevado todos prendidas como objeto de devoción.

Al leer esta bonita historia, me he preguntado: ¿No fue el gran Papa Pío XII el que nos hizo caer en la cuenta del significado verdadero del escapulario? Y, quien dice del escapulario, dice lo mismo de una medalla o de una imagen: que sea signo y recuerdo constante de nuestra entrega a Dios.

A Dios no lo llevamos precisamente en una imagen sobre el pecho. A Dios lo llevamos por la Gracia en lo más íntimo de nuestro ser. Pero no está mal que algo material, como una medalla, nos vaya recordando a cada instante:

- *¡Mira la Cruz! ¡Mira el rostro de Jesús que te ama! ¡Mira a la Virgen, que te protege! ¡Mira, y no te olvides de que eres enteramente de Dios!...*

Aquel obispo le encargaba a la muchachita que despreciara todo lo que se opone a los gustos de Jesucristo. Y esto nos recuerda unas palabras del Apocalipsis que repetimos bastante, aunque contienen una amenaza seria de Dios.

La Iglesia de Éfeso, tan querida del apóstol San Pablo, y después de Juan, se mantenía firme en la fe. Sin embargo, tiene que escuchar un aviso grave: *“Tengo que echarte en cara que has abandonado tu amor, tu fervor primero. Mira de dónde has caído, y procura cumplir las obras que realizabas antes. De lo contrario”... ¡preparate!* (Apocalipsis 2,5)

La vida cristiana no se va en exterioridades. Israel padeció este mal, y los profetas le avisaban seriamente, como Jeremías, que les recordaba la inutilidad de su exclamación favorita: *¡El Templo del Señor! ¡El Templo del Señor! ¡Ya tenemos el Templo del Señor!* (Jeremías 7,4).

Naturalmente, cuando vino la respuesta de Dios a tanta infidelidad, los caldeos no dejaron del Templo sino un montón de ruinas...

La vida cristiana —nosotros lo sabemos muy bien— es entrega a Jesucristo, y por Jesucristo, en el Espíritu Santo, una entrega incondicional a Dios.

Es cristiano ferviente y amante —como pide el Apocalipsis a la Iglesia de Efeso—, quien no ve sino a Dios en su vida y en todas las cosas;
quien goza en servir a Dios con el cumplimiento de su querer;
quien hace de la oración el respirar de su alma;
quien se mantiene firme en la brecha del cumplimiento de su deber;
quien es fiel cuando las cosas van bien y cuando salen mal, sin renegar de la providencia de Dios;
quien ostenta un rostro feliz, exteriorización de la alegría celestial que lleva dentro...
Entonces, el escapulario, la medalla, la estampa, la imagen devota tienen su significado propio. Son la expresión y el recuerdo que nos lleva a Dios. Son esto, y nada más.

Este es valor que damos a los signos materiales de nuestra piedad.

De lo contrario, podría ocurrir a muchos lo que le pasó a aquella señora que visitaba como simple turista una capilla misional en las Montañas Rocosas de los Estados Unidos. Entra, mira a todas partes, no se preocupa en absoluto de la presencia de Dios, el Sagrario no le dice nada... Pero un indio la mira, le agarra la cabeza entre las dos manos, la dirige hacia el altar, y le susurra bajito, con mucho respeto al Señor, a quien el indio cree presente en la Hostia consagrada:

- *Señora, ahí, ahí es donde debe mirar.*

La vida de Dios la lleva el cristiano en lo más íntimo de su ser. Sin embargo, ese amor a Dios lo sabe y lo quiere exteriorizar, como la esposa del Cantar de los Cantares (8,06), con signos que le recuerden y pregonen su amor: *“Ponme como sello en tu corazón, como sello de tu brazo, porque el amor es fuerte como la muerte”*.

¡Vaya, por Dios, los caminos por los que nos ha llevado en nuestra reflexión de hoy la historia de la primera medalla!...

Seguro que no hemos perdido el tiempo.

Estamos hechos de tierra y cielo, y las realidades invisibles nos entran en el alma por las realidades que ven nuestros ojos, que escuchan nuestros oídos y que palpan nuestras manos. Y si una medalla nos lleva a Dios, ¿por qué no se la puede llevar colgada al cuello y estamparle en ella al Señor o a la Virgen un beso?...